



## CAPÍTULO II.

### LOS HERMANOS DE SANTA TERESA EN AMÉRICA.

EL viajero que, después de admirar las murallas y torreones seculares que circundan la ciudad de Ávila, penetra en ésta por la puerta del sur, antes llamada *de Montenegro* y hoy conocida con el nombre *de la Santa*, encuéntrase en una plazuela de mediana extensión, teniendo por delante la iglesia que, á los cincuenta años de muerte Teresa de Jesús, se levantó en su honor y para su culto, en el propio sitio donde estuvo la casa de sus padres, donde ella nació y pasó su niñez y adolescencia con sus numerosos hermanos. No distrae al espectador el mérito arquitectónico del templo, bastante hermoso; pero construído en época de decadencia artística: embargado queda más bien por los dulcísimos recuerdos que se agolpan en su memoria, y con la fantasía reconstruye la casa de los Cepedas, y presencia los juegos infantiles de la preciosa niña que se entretiene fabricando ermitas en la huerta, ó se escapa con el hermano de su confianza para ir á tierra de moros á ser descabezados, ó entre halagos y seducciones del mundo escucha el llamamiento divino que hace latir su corazón. Mas, si cortando esta meditabunda contemplación, vuelve uno los ojos á la izquierda, fíjase en una de aquellas casas fuertes solariegas que tanto caracterizan la antigua villa de los caballeros, casa de maciza

fachada de piedra berroqueña, con sus ventanas altas flanqueadas de esbeltas columnas, y su ancha puerta inferior de grandes dovelas que forman arco y sostienen una inscripción, la cual conmemora que ése fué el palacio del poderoso señor Don Blasco Núñez Vela y su mujer Doña Brianda de Acuña. Para el conocedor de la historia de América, para el viajero americano sobre todo, esta contigüidad del templo y del palacio, la conexión inmediata de estos dos nombres célebres por diversos títulos, Santa Teresa de Jesús y Blasco Núñez Vela, la seráfica reformadora del Carmelo y el desventurado primer virrey del Perú, es cosa que le deja conmovido y perplejo ante una como especie de revelación. Así por lo menos pasó con el que escribe estas líneas, y en un momento vió resucitar un pasado de más de tres siglos, y los jóvenes Cepedas y Ahumadas cruzar los mares precediendo ó siguiendo á Núñez Vela, mientras Teresa, su hermana, bajaba á encerrarse en el monasterio de la Encarnación, al pie de la colina de su ciudad natal; y los vió combatir y derramar su sangre en torno del virrey, y tomar parte en la conquista y guerras civiles de Indias, mientras su hermana se santificaba preparándose á más gloriosas y duraderas conquistas. Fué aquello todo un panorama histórico que se desenvolvió ante su vista; y al volver en sí y alejarse de aquel sitio, iba ponderando cuántas relaciones en verdad existen entre Teresa de Jesús y la América española.

Los Cepedas y los Núñez Velas no sólo eran vecinos, sino amigos y algo emparentados; y por esto Don Alonso Sánchez de Cepeda, el 28 de marzo de 1515, cuando nació su hija Teresa, que debía inmortalizar su nombre, escogió por padrino á Don Francisco Vela Núñez, hermano de Don Blasco, el futuro virrey, á quien había también de acompañar á América, terminando como él con

desastrosa muerte<sup>1</sup>. Uno de los hijos del virrey fué aquel Don Cristóbal Vela, que era arzobispo de Burgos cuando la santa Fundadora establecía allí el último de sus monasterios, y sobrellevaba con no menos fortaleza que dulzura la oposición del rígido prelado, su paisano y antiguo vecino.

Ya es tiempo de intimarnos algo más con la noble familia que es objeto de nuestro estudio. Sabido es que Don Alonso fué casado dos veces, primero con Doña Catalina del Peso y Enao, en quien tuvo tres hijos, de los cuales no trataremos aquí, por más que Doña María de Cepeda, la última, tuviera tan estrecha unión con nuestra Santa, á quien sirvió aún como de segunda madre. El segundo matrimonio lo celebró en el año de 1509 con la honestísima Doña Beatriz Dávila de Ahumada, cuyo magnífico elogio hizo en pocas palabras Teresa de Jesús, en el libro de su Vida. De este nuevo enlace, que duró apenas veinte años, nacieron, ó, para hablar con más exactitud, sobrevivieron nueve hijos, Hernando y Rodrigo, mayores que Teresa, y menores que ella Lorenzo, Antonio, Pedro, Jerónimo, Agustín y Juana. El primogénito se llamó indistintamente de Cepeda ó Ahumada, de cuyos apellidos el primero solo llevaron Rodrigo, Lorenzo y Jerónimo, y con el segundo se distinguieron los demás; porque en aquella época los hijos tomaban sin distinción el sobrenombre del padre ó de la madre, y aun á veces de los abuelos<sup>2</sup>.

Colocada Teresa por la edad entre sus dos hermanos Rodrigo y Lorenzo, con éstos tuvo más unión y confianza desde niña. Nadie ignora que Rodrigo fué el compañero y confidente de sus fervores, cuando juntos leían las vidas de los Santos, querían levantar sus ermitas, y al fin entusiasmados ambos se fugaban del hogar paterno en busca

<sup>1</sup> Véase en el Apéndice el núm. I.      <sup>2</sup> Ibid. núm. II.

del martirio. Transcurridos ya algunos años y ausente Rodrigo, hallamos á Lorenzo cuidando á su hermana carmelita en la grave enfermedad que tuvo poco después de su profesión, y que la obligó á salir del convento para curarse en casa de Doña María de Cepeda: allí corrió peligro inminente la vida de la joven religiosa una noche que, velándola su hermano aun muchacho, se dejó vencer por el sueño, y acabándose una vela puesta sobre la cama prendió fuego á las mantas y almohadas, y por poco no se quema ó sofoca la enferma<sup>1</sup>.

En aquel año precisamente había principiado ya la dispersión de la familia, y el éxodo de los jóvenes Cepedas hacia las Indias. Cosa por demás notable parece el que todos ellos sin excepción se alejasen de su patria y acometiesen una empresa sobrado azarosa y aventurada; pero no lo es de seguro si consideramos el frenesí que entonces se había apoderado de la juventud española, para la cual la conquista de América realizaba todos los ideales sublimes ó ambiciones vulgares, que durante siglos se habían saciado en la cruzada contra los moros, á que puso término la toma de Granada. Prurito caballeresco de aventuras, codicia de oro, sed de honores y gloria por una parte, es cierto; pero algo también, por otra, en casi todos, y mucho en algunos, del sentimiento vivo de la fe católica que se proponían propagar cual otros cruzados por aquel nuevo mundo, aunque fuese con la punta de la espada. Motivos especiales empujaban por este camino á los jóvenes avileses, hijos y herederos tal vez de los comuneros, que derrotados por el ejército de Carlos V en la célebre jornada de Villalar (23 de abril de 1521), se habían visto privados de sus fueros y privilegios, cuando no de los

<sup>1</sup> El P. Rivera, primer biógrafo de la Santa, es quien refiere esta anécdota, en el cap. 7 del libro I de su Vida.

bienes y de la vida<sup>1</sup>. ¿Qué les quedaba, pues, ya que en los ejércitos imperiales de Europa poca esperanza tendrían de medrar, sino el embarcarse é ir á combatir á las órdenes de Cortés ó Pizarro? La situación política y económica de Ávila, después de la guerra de las Comunidades, su decadencia rápida é irremediable, explica bien el crecido número de emigrantes, como decimos hoy, ó de conquistadores, como se llamaban en aquel siglo, que salieron de sus almenados muros y navegaron hacia las playas americanas. La elección de Blasco Núñez Vela, hecha por el emperador, para primer virrey del Perú, contribuyó asimismo indudablemente á aumentar la emigración avileña, compuesta en gran parte de gente noble y principal, como lo comprueba entre otras la familia de Santa Teresa. Agréguese el haber venido á menos la fortuna particular de Don Alonso Sánchez de Cepeda, y no causará extrañeza que sus hijos fuesen á formarse la suya en los lejanos pero riquísimos territorios de las Indias.

Dieron ejemplo los dos mayores, Hernando y Rodrigo, partiendo aun antes que su hermana vistiese el hábito de carmelita<sup>2</sup>. Siguiéronlos, en los años posteriores, Lorenzo,

<sup>1</sup> El emperador perdonó á los comuneros, después de ajusticiados Padilla y los principales; sin embargo, se exceptuaron muchos, entre los cuales constan varios avileños de marca, uno que otro pariente lejano de Santa Teresa, como se puede ver en la lista publicada por D. Modesto de la Fuente. Helos aquí: Gómez de Ávila, vecino de Ávila, procurador de la Junta; Suero del Águila, vecino y regidor de Ávila, capitán de la Junta; el licenciado Gil González de Ávila, alcalde que fué de la corte; ... de Villarroel, vecino de Ávila, capitán de la Junta; *Sancho de Zimbrón*, vecino y regidor de Ávila, procurador de la Junta; Alonso de Pliego, deán de Ávila; Álvaro de Bracamonte; ... *de Henao*, capitán, y otros trece vecinos de Ávila. «Historia General de España» t. XI, p. 249 (ed. de 1853).

<sup>2</sup> Asignamos para la toma de hábito de Santa Teresa en el monasterio de la Encarnación la fecha del 2 de noviembre de 1535, sin temor de equivocarnos, fundados en datos históricos que resuelven la cuestión mucho tiempo debatida de si fué en ese año, ó en el de 1533, como computaron los Padres Bolandistas que los ignoraban.

Pedro y Jerónimo, que estaban ya ausentes cuando falleció su padre Don Alonso, el 1.º de febrero de 1544; después de cuya muerte suponemos que salió de España Antonio de Ahumada, y ciertamente sólo entonces se embarcó el último, Agustín; de suerte que, diez años después de su profesión, la carmelita Doña Teresa de Ahumada, como entonces firmaba, tuvo á todos sus hermanos varones en las Indias. Allí es donde vamos á seguir sus pasos, valiéndonos del rastro que nos han dejado en algunos documentos históricos y en la correspondencia de su ilustre hermana.

Es verdad que ellos no tuvieron la fortuna, ó mejor diremos la desgracia, de figurar entre los más poderosos y afamados conquistadores españoles, casi todos muertos de modo desastroso y manchados con mucha sangre. El interés, empero, se despierta vivo en torno á estos capitanes subalternos de la conquista, por el reflejo que reciben del brillo que esparce dondequiera el nombre de su hermana Teresa de Jesús.

Hernando de Cepeda ó de Ahumada, el mayor de los siete, es posible que se juntara al mismo Francisco Pizarro en el año de 1530, cuando éste fué á solicitar facultades y mercedes en la corte de Madrid, para proseguir la conquista del Perú. Acaso también, y esto es más probable, se trasladó allá en 1534 con Hernando Pizarro; mas es un hecho, según los cronistas carmelitas, que fué uno de los compañeros de Pizarro en la mencionada conquista: tendría á la sazón algo más de veinte años. ¿Hallóse en Cajamarca cuando la captura y muerte del inca Atahualpa? No lo sabemos; pero es verosímil que combatiese en la guerra promovida por el inca Manco, que reivindicaba el imperio de sus mayores. Por lo demás, carecemos de datos sobre su carrera militar hasta que le encontramos de alférez real, en la batalla de Iñaquito, al lado del virrey Núñez Vela, según referiremos más adelante.

Rodrigo, el hermano predilecto de Teresa, nacido cuatro años antes que ella, el mismo mes y día, separándose de la familia poco después que Hernando, tomó distinto rumbo, y marchó á la conquista del río de la Plata, descubierto ya por Solís. Sin duda alguna perteneció á la expedición encabezada por el Adelantado Don Pedro de Mendoza, en la cual iba de almirante el hermano de éste, Don Diego, y de maese de campo el avilés Juan de Osorio. «Entre los capitanes de más cuenta y significación» figuraba Rodrigo de Cepeda, al decir de los cronistas de aquella época<sup>1</sup>. El 24 de agosto de 1535 partió la armada de Sevilla, pero fué á anclar en San Lúcar, por estar los mares alterados, y tan sólo á principios de septiembre pudo darse á la vela. «Difícilmente habrá salido de España, en ese ó en otro tiempo, una multitud más compacta ni más brillante de nobles que la que acompañaba al Adelantado, que entre todos se contaban treinta y dos mayorazgos.»<sup>2</sup> Mientras se adelantan los audaces marinos y soldados á la fundación de Santa María de Buenos Aires, la futura espléndida metrópoli del Plata, imaginémosnos cuáles serían los tiernos adioses y el estrecho abrazo de despedida de Rodrigo y Teresa. Tal era el amor del joven capitán á su hermana, que á ella dejó por única heredera de su patrimonio y derechos eventuales, en el testamento que hizo antes de su partida; el cual no debía llevarse á efecto, una vez que Teresa había profesado ya cuando, á los pocos meses, vino la noticia de la prematura muerte de Rodrigo. Éste tomaría parte en el sangriento combate con los indios el día de *Corpus Christi*, 15 de junio de 1536, en que

<sup>1</sup> El P. Pedro Lozano, jesuita, en su «Historia de la conquista del Paraguay, Río de la Plata y Tucumán», nombra expresa y particularmente á «Luis Pérez de Cepeda, hermano de Santa Teresa de Jesús»: se ha equivocado en el nombre, y se refiere seguramente á Rodrigo de Cepeda.

<sup>2</sup> Vicente F. López, Manual de Historia Argentina.

pereció Don Diego de Mendoza. Fué designado en seguida para acompañar á Juan de Ayolas en la expedición que, remontando hasta la confluencia del Paraná y el Paraguay, subió luego por este último río y fundó, el 15 de agosto, la villa de la Asunción, futura capital de una república: así que en esta fundación y en la de Buenos Aires estuvo presente Rodrigo de Cepeda. El objeto de la expedición de Ayolas era el de llegar hasta el Perú y tomar posesión de todo lo que cayese al sur del imperio de los incas; por esto internóse aguas arriba del río Pilcomayo, afluente del Paraguay, y por el desierto del Chaco, mientras su lugarteniente Martínez de Irala se quedaba en el fuerte levantado cerca de la Asunción. Con cuál de los dos estuviera Rodrigo de Cepeda, es incierto; mas desgraciadamente, en ese mismo año de 1536 ó en el siguiente, fué muerto en algún combate de los que hubieron de sostener entambos jefes contra los feroces indios payaguas<sup>1</sup>. Cayó, pues, en uno de esos bosques ó esteros desconocidos. Nada más natural y lógico que el que un sentimiento de fe viva, contrición verdadera de sus culpas y amor de Dios, purificase y salvase á aquel joven generoso y valiente, imbuído en las ideas caballerescas del mundo, pero que de niño no había vacilado en ir á buscar el martirio en tierra de moros. Cayó en tierra de infieles, hacia los cuales abrió paso al misionero que había de transformarlos en cristianos ejemplares de las célebres Reducciones del

<sup>1</sup> Según todos los datos y conjeturas que hemos podido recoger, Rodrigo sucumbió en alguno de esos combates terrestres y fluviales, pero no ahogado en el río de la Plata, como lo dicen erróneamente aun los Bolandistas. El P. Rivera, que conocía de cerca toda la familia de los Cepedas, trae la noticia sencillamente en estos términos: «Murió después en las Indias, en el río de la Plata, siendo capitán de la gente que allá iba.» Para los españoles de entonces el Río de la Plata designaba todo el territorio de las tres repúblicas actuales del Plata, Argentina, Uruguay y Paraguay.

Paraguay. La noticia de esta prematura y desastrada muerte llegó á España algunos meses después, y llenó de pesar el corazón de Teresa, que sin embargo se consolaba, considerando que su hermano querido había muerto mártir, en el empeño de propagar la fe y la religión católica<sup>1</sup>.

El triste fin de Rodrigo no desalentó á sus hermanos menores; y en el otoño de 1540 tres de ellos, Lorenzo y Jerónimo de Cepeda por cierto, y probablemente Pedro de Ahumada, se embarcaron en Sevilla con el comisionado regio Vaca de Castro, mandado por Carlos V á estudiar la situación del Perú, revuelto y asolado por la primera guerra civil entre los Pizarros y Almagro, y hacer de gobernador, en caso de muerte del marqués Don Francisco, como sucedió en efecto por causa del asesinato de este último. Llegados á Nombre de Dios, después de penoso viaje por el Atlántico, Pedro debió de quedarse allí, mientras Lorenzo y Jerónimo, á quienes en adelante hallaremos siempre juntos, atravesaron el istmo de Panamá, y al cabo de una travesía peligrosa abordaron como naufragos con

<sup>1</sup> El mismo P. Rivera agrega: «De quien después la santa Madre solía decir que le tenía por mártir, porque había muerto en defensión de la fe.» Por supuesto, no se tome ese dicho á la letra: muy bien lo explican los Padres Bolandistas en su nota á este pasaje del primer historiador de Santa Teresa (l. I, cap. 4): «Santa Teresa tuvo á su hermano Rodrigo por mártir, en el mismo sentido que San Luis, rey de Francia, en la carta sobre su cautiverio y libertad, declara creer y esperar como cosa cierta que su hermano el conde de Arrás, habiendo muerto en la guerra, había volado á la patria celestial con la corona del martirio y que allí gozaba eternamente con los santos mártires; en el mismo sentido San Juan Capistrán solía llamar mártires á los soldados muertos en batalla con los turcos. Mas, que esto no debe entenderse del verdadero martirio, sino en cierta manera de un martirio similitudinario, lo enseña Benedicto XIV en su obra de la Beatificación de los Santos, donde se hallarán muchas cosas acerca de este punto; ni debe pasarse por alto lo que allí mismo advierte el sabio Pontífice, que alguna vez puede haber martirio por ante Dios, sin que lo haya ante la Iglesia.»

el nuevo gobernador al puerto de Buenaventura, en la primavera de 1541. «Disgustado de los peligros del mar, prefirió continuar su viaje por tierra; pero estaba tan debilitado por las incomodidades que había sufrido, que tardó tres meses bien completos en llegar á Popayán, donde recibió la sorprendente noticia de la muerte de Pizarro.»<sup>1</sup> Estas líneas nos dan á entender lo que padecerían también los dos hermanos de Santa Teresa. Continuaron, sin embargo, con Vaca de Castro hasta Quito, donde se les reunió el renombrado conquistador Don Sebastián de Benalcázar, con quien habían de estrechar relaciones de amistad y pelear juntos varias veces. Reconocido el nuevo gobernador por el cabildo de Quito, el 26 de septiembre, y en habiendo noticiado su llegada á las ciudades vecinas y aparejado su marcha, la emprendió lentamente hacia Lima por el camino de San Miguel de Piura: de esta villa mandó regresar á Benalcázar, por injustas sospechas que de su fidelidad había concebido. Entonces sin duda se separaron también de él los dos jóvenes Cepedas, y quedándose en el litoral ecuatoriano pelearon valerosamente bajo las órdenes del capitán Diego de Urbina contra los indios sublevados, y en particular contra los bravos isleños de Puná, que poco antes habían asesinado al primer obispo del Cuzco, Fray Vicente Valverde. Dejándolos ocupados en esta campaña, mientras Vaca de Castro avanza, derrota al joven Almagro en la sangrienta batalla de Chupas y entra en el Cuzco, volvamos á nuestro Pedro de Ahumada, que se quedó en el istmo.

Pocas noticias tenemos de los hechos de este hermano de Santa Teresa, que por algunos años estuvo, á no dudarlo, vagueando por el Mar Caribe, sus islas y costas, en busca de aventuras y riquezas. Intentando la conquista de la

<sup>1</sup> *Préscott*, Historia de la conquista del Perú, l. IV, c. 6.

Florida, donde habían fracasado Ponce de León y Hernando de Soto, nos lo muestra el buen beneficiado de Tunja, Joán de Castellanos, curioso cronista y rimador incansable en sus «Elegías de varones ilustres de Indias». En la que dedica al célebre conquistador de Boriquén, ó isla de Puerto Rico, después de narrar su descalabro al desembarcar en la Florida, dice:

Porque días después del alboroto  
Del trance que dijimos riguroso,  
Á la misma conquista vino Soto,  
Capitán de Pirú muy valeroso;  
Pero de aquella suerte fué remoto  
En esta donde vino poderoso,  
Por hallar gente pobre no tan blanda,  
Y así murió también en la demanda.

Y en seguida agrega esta socarrona estrofa:

Luego tentó pedir esta jornada,  
Conclusos estos trances que resumo,  
Un caballero Pedro de Ahumada;  
Mas ahumada fué que no dió humo:  
Pues no quiso hacer la tal entrada,  
Pareciéndole ser de poco zumo;  
Y después muchas naos pasajeras  
Se perdieron entre estas gentes fieras.

Como el famoso Hernando de Soto, compañero de Pizarro en la conquista del Perú, emprendió á su costa la de la Florida en 1539, y murió en la demanda al cabo de tres años de continuo batallar: este *luego* coincide bien con la estadía de Pedro de Ahumada en las Indias Occidentales. Según todas las señas este *un caballero* no es otro que el melancólico hermano de Santa Teresa, el cual por lo demás no aparece en los combates del Perú, á que asistieron sus hermanos<sup>1</sup>. Á juntarse con ellos en este reino

<sup>1</sup> «No faltaron aventureros que desearon hacer otra tentativa para apoderarse del país (la Florida) por medio de las armas, pero les fué negada su solicitud.» Bancroft, Historia de los Estados Unidos, c. 2: «Los espa-

fué posteriormente: ignoramos cuándo; pero allí le encontramos desde 1561, en que la Santa encarga saludes para él y le ofrece escribir, en su primera carta á Lorenzo de Cepeda; con el cual regresó al fin á España, donde solicitó en vano el premio de sus servicios. Mucho deseáramos conocerlos; porque lo especial de este hermano de Santa Teresa es el representarla en las Antillas y aun en los Estados Unidos, al paso que los otros sólo estuvieron en la América del Sur<sup>1</sup>. Aquí es donde vamos á verlos luchar juntos en torno del virrey Núñez Vela, su compatriota y allegado, en la memorable batalla de Ñaquito, á las puertas de Quito, derramar su sangre, y uno de ellos perder la vida.

Á tal punto había llegado el desorden social y administrativo del Perú, así como la tiránica opresión de los indios, que el emperador Carlos V se vió precisado á dictar las célebres Ordenanzas, que habían de sujetar á los conquistadores orgullosos y levantiscos, y proteger á la mísera raza indígena para que no acabase de desaparecer. Al mismo tiempo se establecía el Virreinato del Perú y la Audiencia Real de Lima. Para cumplir las Ordenanzas, organizar el gobierno de la inmensa colonia del Mar Pacífico, sujetar á los españoles rebeldes y amparar á los indios, fué

ños en los Estados Unidos.» El autor cita á *Andrés González de Barcia*, Ensayo cronológico para la historia general de la Florida (ed. de 1723), cuya cita no hemos podido evacuar.

<sup>1</sup> «La Reforma de los Descalzos», t. I, p. 13, hablando de los hermanos de Santa Teresa, dice: «El quinto, que fué Pedro de Ahumada, siguiendo las conquistas de Indias, donde fué valeroso soldado, casó en Pasto, y volviendo á España á pedir mercedes, se lo llevó Dios al cielo, en Ávila su patria.» Es la única noticia que tenemos de este matrimonio, porque la Santa no hace ninguna alusión á ello en su correspondencia, aunque pudo hacerla en las cartas perdidas, que á él mismo escribió. Las informaciones presentadas por Pedro de Ahumada, junto con su petición, en los años de 1575 á 1580, deben de reposar en el Archivo de Indias; pero no nos ha sido posible dar con ellas.

nombrado primer virrey del Perú el varias veces mencionado Don Blasco Núñez Vela. Era éste, hemos dicho, un noble caballero avilés, ya entrado en años, vasallo leal como pocos, soldado valiente, pero inexperto general; honrado en sus propósitos y austero en sus costumbres, pero de imprudente criterio y carácter violento: incapaz, en suma, de comprender la situación de los países que iba á gobernar y de ejercer el mando en circunstancias tan difíciles, como lo comprobó con una serie de desaciertos que causaron su ruina y la de muchos. Acompañado por su hermano Vela Núñez, padrino de la joven carmelita Doña Teresa de Ahumada, por los odores de la nueva audiencia y un séquito numeroso de criados, soldados y capitanes, entre los cuales no faltaban jóvenes de familias aristocráticas, se dió á la vela con una flota de cincuenta navíos en San Lúcar de Barrameda, el 3 de noviembre de 1543<sup>1</sup>. Después de próspera navegación arribó al istmo de Panamá á mediados de enero, y á principios de marzo desembarcó en Túmbez. En el entretanto moría santamente en Ávila su compatriota, vecino y pariente, Don Alonso Sánchez de Cepeda, como ya hemos apuntado. Por esto creemos que los dos hijos de éste, Antonio y Agustín, no fueron con el virrey en esta expedición, como sería de suponerse; sino más bien algunos meses después, arreglada ya la testamentaria de Don Alonso, se embarcaron á su vez para ir á juntarse con Núñez Vela, de quien tenían fundada esperanza de alcanzar mercedes, militando á sus órdenes.

He aquí la ocasión de rectificar y poner en claro un punto relativo á la familia de Santa Teresa, en que de consuno se han equivocado sus biógrafos y los cronistas

<sup>1</sup> Colección Muñoz, t. 88, en la Academia de la Historia, de Madrid: «Razón de los pasajeros que se han registrado para ir en la flota que partió de San Lúcar en 3 de nov. de 43.» Eran los pasajeros 315.

de la orden del Carmen: nos referimos al fin que tuvo Antonio de Ahumada, hermano de la Santa. Éste, como recordarán nuestros lectores, era el cuarto hijo varón de Don Alonso y Doña Beatriz, inmediato á Lorenzo y con cinco años menor que Teresa. Á él alude la misma en su propia Vida, cuando dice: «En estos días que andaba con estas determinaciones, había persuadido á un hermano mío á que se metiese fraile, diciéndole la vanidad del mundo; y concertamos entrambos de irnos un día muy de mañana al monesterio.»<sup>1</sup> Teresa tenía veinte años y Antonio quince. «Ansí que», añade el Padre Rivera, «los dos juntos salieron para la religión, aunque no con igual ventura. Ella se quedó en la Encarnación, y él se fué de allí al monesterio de Sancto Tomás del orden del glorioso sancto Domingo á pedir el hábito. No le recibieron allí entonces hasta saber la voluntad de su padre, con quien aquellos Padres tenían amistad. Después entró en la orden del bienaventurado sant Hierónimo, y siendo novicio vino á enfermar de manera que no pudo perseverar.»<sup>2</sup> La Crónica de los Descalzos dice, por el contrario, que «recibió el hábito en Santo Tomás de Ávila, de la orden de Predicadores, y habiendo vivido con grande ejemplo, murió antes de profesar»; en lo cual se equivoca por completo<sup>3</sup>. Parece, pues, que Antonio fué sucesivamente novicio dominicano y jerónimo, ó tal vez sólo lo último, mas no pudo perseverar por falta de salud. Convaleció luego, y abrazó una carrera del todo opuesta, la de las armas, pasando á las Indias, poco después de la muerte de su padre, según nuestra conjetura. Su viaje y su muerte acaecida al poco tiempo

<sup>1</sup> Vida, c. 4.

<sup>2</sup> P. Rivera, Vida de la Madre Teresa de Jesús, l. 1, c. 6.

<sup>3</sup> La excelente «Histoire de Sainte Thérèse, d'après les Bollandistes», en la nota relativa á Antonio de Ahumada (t. I, p. 44) hace decir al P. Rivera lo contrario de lo que dice, esto es, que Antonio perseveró, y acepta la opinión errada del cronista carmelita Fr. Francisco de Santa María.

constan de documentos oficiales y auténticos. Prosigamos nuestra narración.

No es del caso repetir aquí la trillada página de la historia de América, que relata la venida de Don Blasco

pobló la afligida ciudad, y siguió adelante camino del norte hasta descansar por fin en Popayán, bajo el amparo de Benalcázar, gobernador de aquella provincia. Allí trabajó incansable en acopiar gente y armamento con que formar

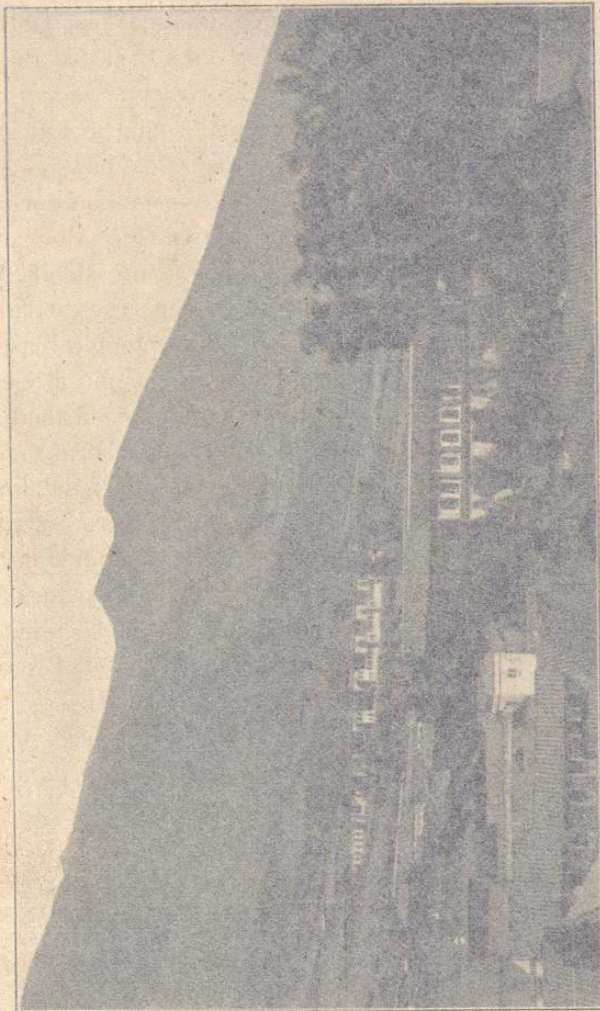


real que llevaba el alférez Hernando de Ahumada. Pizarro, que traía casi el número doble de soldados que el virrey, los desplegó en orden igual y paralelo, á pocas cuadras de distancia. Trabóse la lucha encarnizada por ambas partes: los unos claman ¡libertad! los otros ¡lealtad! Entre los del virrey hace prodigios de valor Sancho Sánchez de Ávila y cae acribillado por cien enemigos que le rodean; el mismo Benalcázar rueda herido bajo los pies de los caballos, é idéntica suerte les cabe á los jóvenes Cepedas y á su hermano Agustín, mientras Antonio de Ahumada recibe un tiro mortal de arcabuz, y Hernando, abierto el vientre por un horrible lanzazo, abate exánime el estandarte y huye en medio de la derrota<sup>1</sup>. El desventurado Blasco Núñez, que se portó valerosamente, dando ejemplo al ejército leal y viendo caer uno tras otro á sus compañeros, había sido ya derribado de su caballo de un hachazo: reconocido cuando yacía en el suelo y encomendaba su alma á Dios, le cortó la cabeza con un cuchillo el negro esclavo de uno de sus más crueles enemigos. Entre muertos ó heridos, la tercera parte de las tropas del virrey había perecido.

En el sitio donde murió Don Blasco Núñez Vela, primer virrey del Perú, se levantó después la iglesia de Santa Prisca, y destruída ésta por el terremoto de 1868, álzase hoy la hermosa fábrica del Seminario Menor de San Luis, en cuyos patios y huertas corrió sin duda alguna la sangre de los hermanos de Santa Teresa de Jesús<sup>2</sup>.

<sup>1</sup> Creemos injusto acusar de cobardía ni mucho menos de traición al hermano mayor de Santa Teresa, como lo hace tal vez el cronista Herrera; la herida misma de Hernando de Ahumada prueba que combatía de frente, y explica su impotencia para sostener el estandarte real; en la fuga faltóle heroísmo, pero ya la derrota estaba pronunciada, y él había cumplido con su deber. (Véase en el Apéndice el núm. III, c.)

<sup>2</sup> «Estos cinco hermanos, antes de entrar en batalla, renunciaron por escritura pública sus bienes, instituyendo por única heredera de todos ellos, para el caso de que muriesen en la pelea, á su hermana D<sup>ña</sup> Juana



Seminario menor de Quito, al norte de la ciudad y al pie del Pichincha.  
 Á la derecha, en el bosquecillo de eucaliptos, está el sitio donde murió el virrey D. Blasco Núñez Vela, en la batalla de Inaquito; no lejos de allí debió de caer mortalmente herido Antonio de Ahumada.